



Vicio y perfección

##

Ediciones Microcentro
Buenos Aires, febrero de 2021

textos de Francisca Amigo Heras
 Ramón Arteaga Escribano
 Florencia Breccia
 Laila Calantzopoulos
 Carlos González Gutiérrez
 Francisco Leros Durón
 Mariel Matoz
 Noel Romero

ilustración Flavia Da Rin
de tapa

Francisca Amigo Heras

El Club nos va a salvar

Claudia del Río dice en *Ikebana Política* (Iván Rosado, 2019) que para formar un club solo se necesitan dos personas.

Lo importante del club es su actividad y sus integrantes: los socios. En El club del Dibujo los socios dibujan "Club del dibujo dice: dibujante es quien dibuja".

Las personas se tienen que organizar, es un gran momento para fundar clubes.

Lista de clubes que me gustaría formar o hacerme socia:

Club de pintura con un solo color

Club de collage con tickets de supermercado

Club de batic que ahora está a full

Budín de Pan social Club

Club de ajedrez (hay uno nuevo y una vez lo visité se llama Más Horse Club y tiene instagram)

Club de búsqueda de tesoros de cajón

Un club de recetas de remedios caseros

El club del drink

Cualquier manualidad, lectura, interés, habilidad que compartas con otrx inaugura un club. Es espectacular: cada unx con unx otrx es en potencia un club. El club es infinito como el universo.

Es importante el club para sobrevivir al mundo exterior e interior en este mundo de trabajo a casa y de casa al trabajo y ataque constante al ocio.

El club es como una familia pero mejor porque las madres y los padres y los hermanos son insoportables y tú familia club está integrada por personas que te parecen mínimamente interesantes. Los clubes que me interesan y funcionan hoy son en casas y un poco escondidos para preservar su existencia.

Hay un nuevo lugar en Buenos Aires que se llama El Vómito y abrieron con una muestra de Santiago Villanueva: *Mesas revueltas y collages*. El mate, papelitos, boletos, blisters y espirales. Treinta y ocho bastidores de 24 cm por 18 cm colgados en una pared blanca dibujando una cuadrilla que cada tanto se desordena. Un mate, una piña y, del otro lado de la habitación, la pintura número 39.

El bodegón murió con internet. La mesa es el género de la pintura que permite el movimiento y la colección: paso y repaso, el trapo, se deja un vaso, se apoya la compu al lado un lápiz, un florero, pasa el gato tira el florero, para la cena hay fideos.

En un club es importante una mesa para que los socios se puedan reunir.

El club (en principio y en la mayoría de los casos) no da dinero. El club está dedicado al ocio y hay una relación de fe entre la actividad que moviliza la asociación y los integrantes del club. "Antes de los museos vienen los clubes, antes de las iglesias los clubes. Ignacio hizo una iglesia que parece un club."

El club es la forma viva del arte.

Noel Romero

ESTOY DIVERTIDA, hoy es un día afuera de la oficina. El centro metropolitano de diseño de la ciudad de buenos aires organizó un desfile en el que distintos diseñadores de moda se unen en duplas y muestran una colección hecha en conjunto con ropa usada del ejército de salvación. El desfile es a beneficio de esta misma entidad. Soy una de las participantes y me tocó en dueto con una colega que quiero y admiro. La pasamos genial revolviendo montañas de ropa, eligiendo lo que queremos y después cortando cosiendo estampando y rearmando las prendas en una colección final abstracta y delirante.

> En vez de maquillaje, manchamos la ropa, las caras y pelos de las modelos con un polvo rosa que traje de mi viaje a India. Estuve en un pueblo al que no llegaban los polvos de mil colores que llegan a todo India durante holi, solo llegó polvo rosa que de casualidad es mi color preferido. Fue como un sueño. Toda la gente que veía estaba manchada con rosa, fuxcia, rosa fluo, rosa pastel. Caras barbas pelos viejxs niñxs calles paredes motos turbantes todo rosa.

> Así que después de manchar a las modelos nos manchamos las dos también mitad de la cara y pelo rosa y nos pusimos dos vestidos de novia vintage deconstruidos que eran parte de nuestros hallazgos y con una explosión de polvo rosa en los vestidos salimos de la mano a saludar en la pasarela.

> Normalmente en mis desfiles la paso mal, odio la exposición, me estreso, sufro, he vomitado antes de algún desfile por los nervios que me provoca. Esta vez es distinto, la atención esta diluida entre varios, el desfile es por una causa noble. Estoy con amigos compartiendo los nervios y aparte mi compañera es mucho más relajada que yo, estamos divertidísimas lanzando el polvo rosa por todos lados y pasándonos mutuamente el polvo x la cara como si fuera holi cuando empiezo a sentir algo un poco raro en el lado izquierdo de mi cara, al lado de mi boca, empiezo a hacer muecas con la boca. Del lado derecho todo bien, del lado izquierdo raro, no puedo mover bien la boca. Bueh, sera que estoy nerviosa aunque no lo note. Estoy agotada, además de divertido tambien es cansador todo esto. Salimos a saludar los atuendos la pintura mi cara cada vez mas dura y rara. Vamos afuera amigos familia, saludando. Copita de champagne, se me chorrea un hilo de champagne por el lado izquierdo de la boca. Ya empiezo a flashear, le comento a un amigo. Bueno, estarás nerviosa, vamos a festejar. Pero el lado izquierdo de la boca ya se empieza a poner rígido de una manera demasiado anormal. No quiero arruinar el festejo de todos así que les digo a mis amigos que rajo a la guardia a ver que onda y los encuentro más tarde en el restorán.

> Guardia espero, carnet, recepción, no puedo mover la boca, no sé si se me está paralizando la cara, el cuerpo entero, acv? alergia? soy muy alérgica a

muchas cosas, nunca tuve algo así. Muchas veces me he levantado con un ojo hinchado como en compota, o con los ojos parpadados rojos, violetas, paspadados, picannn. Cuando era niña se me hincharon los dos pies como pelotas de tanto rascarme mi eczema y durante dos semanas tuve que ir al colegio con zapatos de mi hermano tres talles mas que el mío, rellenos de algodón. En mi cumple de diez tuvieron que frenar de bailar todos los chicos porque yo no podía mas con mis pies hinchados. Toda la vida alergia y cuestiones psicomaticas en la piel y cara. En mi foto de jardin de infantes de 4 años estoy sonriendo pero con una mancha roja y paspada enorme en un cuarto entero de mi cara. Té en los ojos, té en los pies, diprogenta en los ojos que te trae glaucoma. Despues me enteré. Dermatitis picazon piel salida puntitos blancos eczema no se puede saber la alergia de piel es muy difícil de diagnosticar qué esmalte usas? Qué comes? Cremas? Maquillaje? Mejoró mi alimentacion un médico naturista que me dio la posta y tomando sus hierbas y con su dieta me curé la alergia para siempre. Por qué volvió? Nervios? Qué comí? Ya alergia nivel paralisis de cara es demasiado.

> Me atiende el médico. Le cuento todo alergias piel glotis niñez psicósomática nervios desfile inyeccion de cortisona? el polvo rosa? Aerotina ? Algo mas fuerte? No puedo mover la boca para el lado izquierdo. Tomaste algo raro? Usaste algo raro?

> Mientras el médico me recomienda que tome una aerotina y me vaya a dormir, me acuerdo (en silencio) que la semana anterior me puse botox por primera vez en mi vida con una amiga dermatóloga de mi madre y me dijo que tarda 7 dias en hacer efecto. Mi mama me dijo que ella se dedica a investigar enfermedades raras de piel en la vagina pero obviamente no gana un mango con eso así que se esta dedicando a estética. Empezó hace poco a poner botox y ácido hialurónico para ver unos mangos...Me retiro de la clínica entre tentada y traumada, no le digo ni mu al médico que me atendió.

> Me paso una semana que casi no puedo comer ni sanguches ni hamburgesas ni nada que tenga que abrir la boca grande y morder. Se me cae un poco la comida y los hilos de baba por el lado izquierdo si me relajo. Me entero que conocidas se han quedado con ojos cerrados o cejas como de mimo sorprendido por este mismo tema. Por suerte afloja con el tiempo...

Algunas formas de decir que ya no te quiero¹

El equilibrio y la tensión entre componentes no pueden seguir siendo recursos recurrentes en la producción escultórica si se sigue haciendo referencia a la fragilidad y lo efímero como acontecimientos lejanos. Me preocupa que las afirmaciones sencillas sean tan seductoras. Cuando se comercializa una obra donde el equilibrio aparente es usado como detonante para pensar la inestabilidad en distintos grados, solo se está alterando la trayectoria no lineal de un material y dándole un último destino. Ver algo a punto de caerse con la conciencia de que no va a hacerlo es un espejo de la soberbia del espectador ¡Que se caigan! ¡Que se rompan! ¡Que quede sólo el gustito de haber esquivado la torre cayendo!

Contar algo

1:30am. Recuerdo estar sentado sobre un freezer mientras mi mamá lavaba una pila de platos. Éramos caseros en un salón de eventos infantiles para el que además trabajábamos. Yo quitaba los restos de torta y ponía uno a uno los platos en una pileta con agua jabonosa. Mis piernas colgaban y daba talonazos al freezer mientras conversaba. De a ratos me daba sueño y mi mamá me pedía que le contara alguna historia, así me mantendría despierto y podría hacerle compañía. Lo real es una combinación del tipo de cosas que solamente ocurren una vez y del tipo de cosas que ocurren siempre. Mis historias siempre involucraban restos de algo que había visto en la tele, cosas que había escuchado o que había hecho, apilaba palabras y gestos uno sobre otro dándole forma a algo bastante precario pero muy importante. Me ubico en un lugar en el que la hechura no es necesariamente un punto desde el cual apreciar las cosas, sino que la coexistencia de algunas personas con esa historia en medio del desorden era suficiente para vivir felices juntxs. Hacer imágenes es una herramienta para la vida, importa por sobre todas las cosas hacer que el mundo sea más accesible. Por eso no me conformo con la idea de que solo haya trabajo, de que solo la contraprestación me sirva. Tengo que piratearle cosas a la jornada. Lo he intentado cientos de veces, con distintas herramientas y en distintas situaciones. De ahí quizás que gran parte de mi trabajo tenga que ver con la imposibilidad de hacer algo “bien”. Que gran parte de mi trabajo sea no-ilusionista. Escribir me mantiene despierto y me hace sentir acompañado. La ilusión, si es que la hay, es real.

Vandalismo

Estoy trabajando en una serie de piezas hechas a partir de algunos puntales para construcción en seco que tengo desde hace algunos años. Cuando me mudé fueron de las pocas cosas que traje conmigo. Los estoy cortando de forma que ya no sirvan para realizar ningún esfuerzo pero que a su vez se mantengan íntegros. Creo que es momento de que descansan. Mantenerlos fuera de un circuito productivo me permite creer en la posibilidad de que hay salidas, aunque eso implique un cierto grado de destrucción.

¹ Este texto fue escrito pensando en algunas producciones escultóricas en las que busca generarse una sensación de equilibrio, tensión y/o fragilidad a partir del ensamble de materiales diversos. En estos casos, la obra expone la posibilidad de colapso como módulo narrativo unívoco. Algunas piezas resultan visualmente atractivas y, por esto mismo, ampliamente difundidas en redes sociales al punto que pueden encontrarse agrupadas bajo algunas etiquetas: #fragility #contemporarysculpture, etc.

En esta línea, pienso en artistas como Túlio Pinto o José Dávila, cuyas producciones exploran la intersección entre materiales industriales y estabilidad en términos escultóricos, algo que puede leerse -para sugerir una constelación de artistas- en relación con el trabajo de Richard Serra o -desde otra perspectiva- con Charlotte Posenenske. La inestabilidad como punto de partida para la producción tiene ecos en tensiones localizables en el orden político, social o económico de los contextos en los que estos artistas producen, tal como puede encontrarse en algunos textos referidos a sus producciones. Ahora bien, ¿qué sucede con el señalamiento cuando el módulo de sentido es fácilmente cooptado por el circuito del arte y los artistas motivados a producir variaciones de una misma idea?

¿Romper algo deliberadamente podría ser una operación de cuidado?

El vandalismo tiene una cuota de respiro, hay algún tipo de placer solapado en el gesto que destruye. No creo que sea ni tan simple ni tan extraño. Me motiva la idea -fantasía- de que las cosas se juren a sí mismas fallar para siempre, traicionar todas las encomiendas y no avergonzarse por ello. Cuando Luciana Lamothe agarra una herramienta y sube al piso 15 del hotel Sheraton y abre las vísceras de un sillón tapizado en azul, lo libera de una red de utilidad, lo expande a otros dominios. Creo que este acto revierte la ecuación y destapa la asimetría de las relaciones de poder entre las cosas y los usuarios.

El trabajo y el trabajador son parte de un mismo circuito cerrado y una falla es una fuga, una forma de trastocar las conexiones internas que mantienen el sistema en funcionamiento. De aquí su potencia.

Sé que no es divertido esconderse detrás de contenedores esquivando linternas punitivas.

No me interesa que una pija me deje ronco porque ese día sé que voy a tener plata y voy a poder comprar algunas herramientas que me hacen falta.

El ardor y el óxido comparten la pertenencia a lo que ha sido expuesto, son testigo de lo útil.

Florencia Breccia

Melancolía callejera, paja y retirada

Tendría 16 años, me gustaba la pintura, la literatura, militar y andar por la calle, todo era descubrimiento, ¿qué año era?, he perdido las cuentas hace rato. Interesada por los libros y súper ingenua en relación a los vínculos con los hombres conversaba con un chabón bastante más grande que yo (¿30 tendría?) vendía libros en un puesto en la calle, Ramiro se llamaba, me acuerdo que le pasé un libro de Galeano porque me dijo que no lo había leído, y me regaló uno de Lovecraft y una revista que hacía con amigxs, la “Bicho Bolita”. Hoy lo pienso y me doy cuenta que se debe haber cagado de la risa con Galeano, había cosas que yo no distinguía, ni de la literatura ni de las intenciones de los hombres. Por otro lado ya leía a Pizarnik, Artaud, Rimbaud y Baudelaire, los clásicos malditos que me habilitaban a todas esas conversaciones callejeras medio rotas y desesperadas. Al tiempo, no sé cómo, lo conozco al Claudio, en la calle seguro, poeta, editor, bibliotecario del San Martín, empleado municipal y peronista (cosa que me entero mucho después, cuando ya se podía ser peronista más abiertamente. Para ese entonces los noventas estaban pisándonos los talones). El Claudio me invita a publicar mis dibujos en la Bicho Bolita. Nos juntamos una noche en un kiosco, yo ya tendría 18 porque andaba con esas carpetas de dibujos muy estudiante de la facu de artes. En una mesa de plástico llena de birras estaban Claudio, Ramiro y Leo, me deben haber llevado 10/15 años, yo no registraba la más mínima seducción pero en la revista no salió ni mi nombre, dibujos: “riquísima” pusieron los chotos, eran unos dibujos medio eróticos masturbatorios y estos se deben haber quedado ahí, yo ni cargo.

Para la presentación de la revis yo ya tenía un novio con el que fui en medio de una pelea tormentosa, con los ojos todos rojos vaya a saber por qué, del Claudio me hice amiga y fue él quien me devolvió este recuerdo. Hoy podría acusarlo de machirulo y a la vez no, un día me ofreció pagarme kung fu si cogíamos, la psicóloga mínimo le dije y seguimos tomando una coca al borde de una acequia, era una tarde de verano en Las Heras. Vuelvo a la Bicho Bolita, una revista de culto en Mendoza, una revista que circulaba en la calle, que se anunciaba en afiches en serigrafía que salían a pegatinear escondiéndose de la policía, una revista de poetas que también eran artistas visuales como el Leo, que esa noche mientras tomábamos birra me dijo que haga mis dibujos en gigante, que me iba ir bien si lo hacía, pero no le di bola, siempre me pareció ridícula e innecesaria esa cosa del gran formato, además de que imposible.

Para esos días caigo al Espacio de Arte Contemporáneo y en el subsuelo encuentro unas pinturas del Leo, unas pinturas grandes, onda metro y medio por un metro, en las que con intenciones realistas, pero toscamente, retrataba escenas en blanco y negro y sobre ellas pintaba unos puntos rojos. En una se veía un horno con una perspectiva extraña, en la otra un perro acostado sobre un piso de baldosas; y en la tercera, un chabón de espaldas con una campera con el parche de una banda. Era la primera vez que veía algo del Leo y sus pinturas me parecieron malas. Me quedé pegada a lo mala que eran. Me molestaban por lo forzado y aunque nunca me intereso el realismo, ni el virtuosismo, creía que estaban tan mal pintadas.

Al tiempo voy a la casa del Leo a llevarle unos dibujos para la revista, no teníamos escáner ni archivo digital ni nada de eso, paso por su casa, me hace pasar un toque, y en esos cinco minutos veo: el horno, el perro, la galería con baldosas, su campera con el parche en una silla. Plum, algo me pasa, algo me hace clic y esa pinturas vuelven a mi como una obsesión. Interrumpo mi camino y me voy en la bici al museo a verlas otra vez. Las miro largo rato sin entender porque ese gesto de retratar su cotidiano sin ningún tipo de sublimación me resultaba tan importante. Ahora que escribo supongo en no habían intenciones de realismo

sino un deseo desesperado de pintar, de entrar en las cosas, de encontrarles las tripas, y era eso lo que me dejaba pegada.

Años después vi una muestra del Leo en Diagonal, el espacio de arte independiente que montaba en su taller la Marce Furlani, me sorprendió saber que eran amigxs, que había ahí otras redes que no eran solo el under callejero, y que esas redes se cruzaban. La Marce también es de la noche pero la suya es una noche de galas en el jardín de una casa con todos los mimos excéntricos de una excelente anfitriona. Esa noche hacía frío y había preparado una sopa deliciosa, Leo exponía unos retratos pintados sobre azulejos de cocinas y de baños, conservaban algo de ese gesto desesperado y a la vez amoroso con las cosas de la casa, una cotidianidad expuesta y visceral. Claudio tenía una editorial, quizás una de las primeras editoriales autogestivas de Mendoza, Carbónico Ediciones, las tapas de esos libritos de poesía estaban hechas con papeles de empapelar, los conseguía el Leo en su oficio de pintor. Todo muy cercano y municipal.

Paso el tiempo y vi un montón de pinturas del Leo, nunca me dejaron de gustar. Pilas de casetes con etiquetas de Los Brujos, de Palo Pandolfo y Joy División, latas de pinturas con cactus, herramientas de su oficio de pintor de brocha gorda, autorretratos, retratos a sus amigos. Algo de sus malas perspectivas fueron “mejorando” pero conservaron ese vigor desesperado, esa tensión de ir hacia el objeto pintado, de querer ser un pintor, esa fuerza que convulsiona a los objetos en el intento voraz de mirarlos. Tengo un cuadro suyo en mi casa, una pintura en colores rojo ladrillo, negra y gris en la que aparece una lata de pintura y una pila de casetes sobre una mesa en falsa perspectiva, un cuadro dark de un pintor obrero. También tengo una pinturita que compré muy barata en una Imagen Accesible, una lapicera bic pintada sobre un papel de empapelar a rayas.

En esa Imagen Accesible que se hizo en Montaña, un espacio que tuvimos por unos años con unas amigas, flasheé borracha y excitada una curaduría que encantó pero que nunca concreté. Una muestra de Leo Pedra y Mauricio Poblete. El Mauri, la Chola, había llevado a la feria unos dibujos y unas pinturas en la que se superponían papas, logos de Nike, aguayos y flores. Sentí que los dos hacían lo mismo pero desde generaciones distantes, que flasheaban con los objetos cotidianos y con algunos signos que hacían referencia a consumos, Nike y las bandas de rock, un pop visceral pobre y suburbano, las papas del pintor de los barrios bolivianos de Mendoza y las latas del pintor obrero. Intuiciones para una muestra que solo pude explicar claramente en esa noche de alcohol, ideas a las que nunca les terminé de dar consistencia y que solo quedaron en esas conversaciones y en este texto, a esta altura me da alta paja ponerme a trabajar para dos pintores varones, por más queer que sea la chola. Además la muestra ya está en mi casa, frente al cuadro del Leo hay un cuadro de igual tamaño del Mauri, es de color cian y deformes se superponen papas pop, logos de Nike, una piedra, un cuchillo y una montaña.

Pasen a verla si quieren.

Laila Calantzopoulos

Una bolsa de sugus

Algo me sucede con los caramelos. De mi infancia la foto más nítida y ejemplificadora data de 1994 y trata de una nena que mira de frente al lente de la cámara, con la boca llena a pleno masticar y la mano desesperada adentro de una bolsa de sugus atrapando ese puñado extra antes que se termine la buena racha.

Los caramelos en cantidad me ofrecen un encanto particular, como si me recordaran algo de un sueño de la infancia mezclado con una sensación de abundancia de lo innecesario. La primera vez que vi la obra de Félix González Torres, fue en octubre del 2008. Intento rastrear sensaciones que argumenten mi elección pero mi memoria se vuelve borrosa con los detalles. Trato de reciclar descripciones de imágenes, de comprender qué es lo importante en esta escritura, pero cada palabra parece estar sostenida con alfileres. Los caramelos...los caramelos, tengo que volver a los caramelos. Entre las piezas más seductoras, la montaña de dulces sin duda capturó mi fascinación. Mi relación con *Sin título, Retrato de Ross en L.A.* (1991) no se asienta sólo en una lógica de la nostalgia, de recordarme a mí misma en aquel día, en esa foto, con la boca y la mano llenas de sugus. La atracción se funda también en su carácter de invitación antropofágica: consumir el cuerpo de un tal Ross...como quien toma la comunión para comer de la carne y beber de la sangre de Cristo. Ross pesaba 175 libras. 79,387 kilos según el conversor de medidas de Google. Igual que la montaña de caramelos.

Camino por la exposición, doy vueltas alrededor de las montañas de chupetines, busco la mirada cómplice de los guardias. Pienso para mí pero no digo nada ¿se pueden comer? Agarro un caramelo, lo guardo en el bolsillo, doy una vuelta por la sala, vuelvo y sin que me miren agarro otro. Me pregunto qué sabor tienen...no hay sólo deseo y divertimento. En mi universo de emociones, cierto asco asoma alrededor de las golosinas públicas. -Vení nena, ¿quierés un caramelo?- Soy chica y la verdad es que no lo quiero, me repugna pensar en la biografía de ese caramelo en el bolsillo de un extraño. Pero lo agarro, sonrío y disimulo mi convicción de que cuando ya no me esté mirando lo voy a tirar sin remordimiento.

Ahora me gustan las personas que siempre tienen un caramelo para convidar. Quizás podría elaborar una teoría acerca de cómo los caramelos que llevamos con nosotros dibujan aspectos de quienes somos. Los caramelos de miel van de la mano con lxs gritones e hipocondríacxs. Los ácidos necesariamente son la señal de seres insensibles. Los masticables de dulce de leche los consumen las personas cursis y los confitados sin dudas representan a quienes esconden sus emociones tras una coraza de indiferencia. Mi mamá siempre lleva en su cartera un paquete de caramelos de menta fuerte, de esos que te queman la lengua y te obligan a tomar una bocanada de aire frío. Me encantaría recordar el sabor del *Retrato de Ross*. En mi memoria aparecen como unos caramelos bastante insípidos, incluso recuerdo hacer un esfuerzo para que me gusten, como si algo de la algarabía que me generaba la obra pudiera trasladarse al gusto concreto de ese caramelo en mi boca.

Estoy sentada en la cama, pienso en la obra y en todo lo dicho, palabras acumuladas que la rodean y la rodearon. Pienso en todo lo que importa volver al concepto, a la idea...la enfermedad, el cuerpo, el amor, el virus dicen los escritos.

Pero hay algo de la lengua, del sabor. La obra no es solo íntima por su proposición temática: la anécdota biográfica que intenta explicar quién es Ross y por qué nos lo comemos. Es íntima porque se mete en el propio cuerpo, porque exige el atrevimiento de meterte en la boca el caramelo que vivió en un bolsillo ajeno.

Coapa

Al fondo de la cerrada Portillo se escuchan los sonidos acelerados del periférico al otro lado de una reja de metal pintada verde. La reja fue instalada por los vecinos en los 90's para evitar que lxs niñxs que jugaban pelota y andaban en bici se aventuraran a la autopista. Años después, ya por el cambio de milenio, yo jugaba con mi prima Helena, dos años menor, a que los dos árboles a cada lado de la calle eran fortalezas enemigas. Las raíces habían levantado y roto el concreto alrededor; a nosotros nos atraía el dramatismo de esa violencia paralizada y nuestros personajes de piedras y ramitas encontraban refugio ideal entre el concreto levantado y la corteza. Para atacar o visitar al otro fuerte, cruzábamos la calle donde también se desarrollaba, en una escala ajena a nosotros, un partido de fútbol entre los mayores. Apenas y veíamos sus piernas y los sonidos del periférico venían como de otro mundo. Villa Coapa, donde se ubica la calle Portillo, es una zona al sur del DF urbanizada principalmente en los años anteriores al 68. Entonces se construyeron complejos de edificios de departamentos chicos y modernos para alojar a los árbitros, jueces y periodistas de la olimpiada (a lxs deportistxs se les construyó otra villa más bonita). Después de la olimpiada se vendieron y la zona siguió construyéndose y poblándose con el sueño agringado de un suburbio como principio. Avenidas rápidas separaban colonias y unidades habitacionales, cada una con su plano de calles, sus espacios comunes y sus locales comerciales (panaderías, abarrotes, pollerías). Años después, sobre las avenidas se construyeron supermercados y centros comerciales; Coapa pasó de ciudad dormitorio a destino comercial. Un coche rojo viaja rápido por esas avenidas, los paisajes de Coapa por ahí del 2000 se entrecortan por las ventanas y se confunden. Adentro, Eric, Harris y Kimberly se trasladan entre una serie confusa de negocios de droga, cada uno más desastroso que el anterior. Eric y Harris son cómplices, Kimberly terminó por accidente en el coche de Harris escapando con él de un pleito anterior al recorrido de la película. *Coapa Heights*, hecha entre 99-2003 con recursos de escasos a nulos, se ha vuelto medio de culto; es rara por lo reducido de su universo narrativo y la conciencia de su propio localismo, pero se inserta en una genealogía de películas defechas en las que el viaje en coche es el hilo conductor. En *Los caifanes*, del 67, tal vez la primera de ellas, una parejita de clase alta conoce a una pandilla que les descubre un mundo de cabarets, taquerías y lugares de encuentro de la ciudad pobre, conducen de un lado a otro haciendo travesuras de amistad nueva, la chica rica y uno de los caifanes se enamoran, todo es muy inocente y caprichoso. Mientras que el viaje en coche en *Los caifanes* atraviesa kilómetros, conecta clases y finalmente sale de la ciudad, el coche rojo de *Coapa Heights* da vueltas y vueltas sin salir del suburbio y su imaginario de clase media. En las últimas décadas, ya bien rebasada la ilusión del suburbio ideal, Coapa se convirtió en centro sureño de la piratería, la fayuca y el tuneo; el mercado Pericoapa, desde principios de los 80s, era meca del skate y fandom de cómics, videojuegos y coleccionables. Es como si la dirección aspiracional del suburbio hubiera despertado a la contradirección permeante del contrabando. En el 79 mis abuelxs y sus 5 hijxs se mudaron a Coapa, a una entre las varias casas de la zona que él diseñó y cuya construcción dirigió. Las casas son parecidas, no muy grandes, poco agraciadas por fuera, curiosas por dentro y, como se comprobaría después, sólidas a los terremotos. Por dentro las paredes de concreto tienen un acabado que no he vuelto a ver, una textura irregular con cavernitas, tan hondas como para meter un dedo adulto, lo que las condena a acumular polvo y verse oscuras. Mi abuela colgaba adornos de las protuberancias porque taladrar era muy difícil. Muchas de las historias que recuerdo de mi mamá y sus hermanxs de esa etapa involucran trayectos en la camioneta de carga de mi abuelo o el vocho que compartieron después; en esos viajes se conectan sus relatos de la zona, o tal vez lo noto

más porque yo nunca he manejado y mi experiencia del lugar fue sobre todo a pie. Pasé la adolescencia en Coapa, entre la escuela, casas de amigxs, la de mi abuela en Portillo, los parquecitos donde se organizaban las peleas y los bares que nos vendían cerveza aún con el uniforme puesto. Pero nunca viví ahí y habiendo muerto mi abuela, con su casa ocupada por mi tío con el que no hablo y distanciado de lxs amigxs de la secundaria, mi condición de semi local se siente como cosa del pasado. Pensando en escribir esto me puse a ver videos en youtube, entre reportajes cortos encontré algunas cosas menos mediadas, como videos de reuniones de vecinxs que se juntan para el aniversario de la fundación de las unidades habitacionales y otras cosas. Muchos otros videos documentan testimonios del último terremoto en 2017, en el que varios edificios de la zona, entre ellos una escuela primaria, colapsaron. En un video de 4 minutos del 2012 subido por Paola Olivares, un fotógrafo joven llamado Raúl Raya García habla sobre su exposición de 16 fotografías de Coapa que parecen haber sido montadas en un espacio público. La voz de la periodista cuenta que Raya hizo esa serie al volver a Coapa luego de 11 años fuera. Raya dice algo sobre verle lo bello a lo decadente. Los comentarios abajo del video son furiosos (*lo bello a lo decadente? / Guácala / Quién es este mequetrefe?*). Más tarde veo que tenemos gente en común en instagram. Para mí una belleza local, pensando en Coapa, sería como la de la casa de mi abuela, una estética como de altar en todo y una dulzura medio cringe, también presente en los adornados jardincitos delanteros de algunas casas y duplexes por la zona, enrejados pero visibles. Algo que ver con los espacios pequeños y una orientación de todo hacia un punto de vista exterior. Pero tal vez sólo al practicarse desde adentro la belleza de un lugar se conserva como belleza y es útil. Vista desde afuera puede volverse interesante y eso ya es otra cosa.

Mariel Matoz

Querida Patricia,

dudé en escribir el “querida”, en comenzar una carta desde la oralidad o el protocolo estereotipados que se cuelan a la hora de habilitarse a escribirle a alguien. ¿Cómo estimarte sin conocerte? Creo que te escribo para desentramar ese misterio flotante que siempre ha llevado tu nombre en mi memoria, pero que nunca fue tan fuerte como para develarlo. Me presento, soy Mariel, hija de tu prima Marcela. No sé bien por qué nunca hubo ni un solo momento de reunión entre nosotras. Tu mamá, mi tía Nelly, me quería mucho y siempre me hacía comentarios preciosos y muy amorosos sobre mi sensibilidad de artista, o algo así, y hasta fue una vez a una muestra mía. Leía mucho el diario y después Facebook y sabía mejor que mi vieja si yo estaba participando en algún evento, y aprovechaba cada vez que podía para preguntarme cómo me había ido o para felicitarme. No sé tampoco si la causa de una nula interacción con vos es una relación predestinada directamente a tu hermana Alejandra, por haber estudiado artes como yo, pero incluso con ella pude charlar alguna vez y conocer su casa. Creo que podríamos haber tenido algún tipo de amistad si yo la hubiera buscado, en esa época me hice amiga de muchas artistas grandes que permanecen en sus casas, pintando solas y bebiendo té. Pero tampoco sucedió, supongo que la distancia signada por la relación de ustedes con mi vieja fue definitiva para tender cualquier puente.

Como sea, y creo que por eso te escribo, el saber que estaban ustedes, sus nombres, una pequeña reseña sobre sus historias, saberlas artistas, de las letras en tu caso y de las artes en el de la Ale, siempre me generó un refugio. Mucho tiempo me sentí por fuera de la construcción familiar que había heredado y tu nombre en *una escena* a la que yo estaba asomando me tranquilizaba la ansiedad de estar apuntando a un terreno ajeno y hasta quizás equivocado. Supongo que así sentía las cosas en esa época, con mucho miedo, en el momento en que empecé la facultad y comencé a circular más asiduamente por los espacios culturales no ya como espectadora, sino como una proto-actora.

Recuerdo que antes de eso mi examiga Geo, ya escritora y activa desde la secundaria, había compartido espacios con vos y te conocía. De ahí deben haber surgido mis ganas de leerle y de remediar la falta de tus libros en la biblioteca de mi casa familiar. Es curioso que mi viejo que leía tanto y le gustaba tanto la poesía no haya tenido un libro tuyo. Si así hubiese sido, probablemente la historia fuera otra, te hubiera leído de niña, con la voracidad con la que me acerqué a esa biblioteca. Compré tu libro en una feria del libro que a juzgar por los pasajes de micro que guarda y la entrada a una fiesta de la cerveza, debe haber sido en el 2010. Creo que solo me quedé con un poema muy chiquito tuyo, uno que dice “A veces es cuando ocurre el mundo / siempre después es mientras tanto”. Me quedé como se quedó guardada la etiqueta que lo señala, de unas ojotas, posiblemente de un verano. Digo que me quedé con ese poema porque es el único que asocio a vos, en las nubes que visualizo cuando recuerdo tu nombre, que están rodeadas por tu foto y ese “después es mientras tanto”. Releyendo tu libro ahora, con atención a los poemas marcados, me doy cuenta que muchos me gustan hasta el día de hoy con una intensidad semejante a la de esa época.

Escribirte y pensar en el rol de tu historia para mi “genealogía” es un poco escribir sobre qué pensaba en torno a ser escritora. Es gracioso que desde chica siempre me pensé escritora, sin ninguna duda, a pesar de detestar lo que escribía, salvo un cuento (en el que había un escena con una peluca) que perdí en un disquete que no funcionó más. Veía un futuro romántico de escritora de interior y pintora, estudiando arquitectura para ganar dinero, porque todavía no me enteraba que existía la

carrera de artes visuales o que existía algo así como ser artista. Los miles de test vocacionales de la escuela me tiraban primero a artes y siempre en segundo lugar lengua, sin embargo nunca me planteé estudiar letras. De algún modo sentía que estudiar esa carrera era matar a la poeta, jaja. Pienso qué podría decir ahora sobre las artes visuales, después de 10 años de ser alumna y con tan pocas ganas de “producir obra” o de enunciarme como “artista”.

Lo cierto es que hubo un momento en que me empezaron a gustar mis escritos y releendo tu libro veo que hay ciertos diálogos y préstamos. Cosas oscuras y sensibles que impregnaron mis escritos de esa época, por fuera de esa imagen tan linda que elaboraste entre los retratos con cigarrillos y las citas de canciones de rock de Melero, Charly y Spinetta para abrir las secciones de tu libro de poemas. Cosas cerca de Pizarnik quizás, como en tu *La adicción al espejo*. Me da risa pensar en un diálogo cuando sé que esta carta nunca va a llegar a tus manos, pero me lo imagino así:

-Yo intento desmenuzar la vida, estrujarla hasta secarla y secarme y morirme hecha pedazos.

-No seas fanática. La noche se abre el corazón para que saltes.

-Disculpame si tengo el corazón demasiado abierto. Soy ese algo que se me va de las manos cuando intento decir como quiero ser. El desborde y el recaudo en proporciones competitivas.

-Nuestro defecto es el exceso, nuestra virtud es el control. Yo me ponía a mirar para atrás. Quería decir cosas profundas, cosas como medallas, como soles cosidos por dentro. Sin saber qué sentir toda mezclada, internada en la noche, con la cabeza a cuestas.

-No puedo alzar la vista y pretender que no veo que mis zapatillas están cosidas a mi sombra y que ella es todo lo que tengo, si es que aún la tengo. La esperanza es un frasco donde una pone una pequeña parte de todas las cosas, con la responsabilidad de haberlas arrancado, casi matándolas.

-Somos una banda de modistas anónimas, sabemos algo que no nos enseñó nadie. Parece que nos divertimos y a veces es cierto y a veces no. Llevamos el signo de las últimas románticas debajo de la frente, nos conocemos, el silencio es nuestro apuntador, vimos cómo la noche se tragaba todo. Estamos cuerdas y parecemos locas, estamos locas y parecemos cuerdas.

Ahora sí creo que te quiero, aunque siga diciendo “sí, es mi tía” junto a “no, no nos conocemos”.

Mariel

Ramón Arteaga Escribano

El buen obrero

Mientras me convencía de lo poco que merecía la pena compartir mi reseña de *Las grutas* de José Fraguas, algo que se parecería remotamente “trabajar en la industria cultural”, pensaba en qué otro sentido puede decirse que he trabajado para ella en el pasado. En Madrid, por ejemplo, trabajaba de mesero en eventos de la media y alta burguesía y con regularidad prestaba servicio en los encuentros de la Real Asociación Taurina Parlamentaria. Pero en esos encuentros no me enfadaba, el ambiente era muy jovial: la gente se abalanzaba sobre los canapés y los platos de jamón de jabugo sin preámbulos, imbuidos en el éxtasis de lo gratis, se se pasaba rápido de la cerveza al vino y más rápido aún al ron-co, el gin-tonic, los vasos rotos y los pasodobles bailados bien pegados y a los gritos. Una vez una señora se abalanzó sobre mí intentando arrancarme la camisa mientras gritaba “¡Superman eres mío!”. El maitre me cambió de salón y al rato me enteré de que se la habían llevado inconsciente en ambulancia. En otra ocasión presté servicio en un cocktail en el edificio Sabatini del MNCARS después de una charla entre Chantal Mouffe y Didier Eribon, y ahí sí que me enfadé un poco. Entre los asistentes figuraban lxs estudiantes del Máster en Historia del Arte y Cultura Visual del MNCARS con los que yo compartía biblioteca los días entre semana. En la biblioteca tenían una actitud bastante superada, siempre andaban con el carnet de investigador colgando como un amuleto y cargando muchos libros con títulos artsy, cuchicheaban entre ellos en un tono entre libidinoso y corporativo y me miraban con condescendencia. Yo iba solo, no me vestía tan bien y manoseaba fotocopias de las *Meditaciones metafísicas* o *El banquete* mientras esperaba tirado en el suelo del hall a que se vaciara una plaza de investigador para entrar en calidad de “usuario general”. Iba ahí porque quedaba cerca de mi casa y la biblioteca municipal estaba aún más llena. Además, allí podía ir al baño sin que se llevaran mi compu. Igual yo estaba tranquilo con mi camino de vida, en mi embolia juvenil pensaba que era cualquiera que andaran como dueñxs y señorxs de lo contemporáneo sin saber cuándo se inventó la mente o el amor. Pero cuando les serví los canapés me miraron como si fuera un fantasma o una aparición: repeinado con cera, camisa blanca, moñito y zapatos con suela antideslizante. Yo estaba dispuesto a asumir la brecha con naturalidad, a enumerar con la misma soltura de siempre los platos que memorizaba un rato antes y que incluían palabras en francés y vocablos como “deconstruida”, “deflacionada” o “conceptualizada” para hablar de tortillas. Pero no dejaban de mirarme tiesos cuando dejaban de hacer lobby con alguna autoridad local o le tiraban algún balbuceo ininteligible a los protagonistas de la jornada. Era entonces cuando yo comenzaba a enumerar las creaciones del chef con 3 estrellas michelín y ellos giraban la cara, alcanzaban a decir un “no, no te preocupes...”. Así que ahí estaban los dos gabachos ilustrados y lxs niñxs progres del mundo del arte interrogando el avance del populismo entre tortilla deconstruida y lambrusco mientras el populismo seguía avanzando en otra parte sin ellos. Me acuerdo que a un compañero que ya era grande, Angelito, le gustó mucho Chantal Mouffe, “las francesas son las peores...” me decía mientras sosteníamos las bandejas de canapés como una bandera de combate.

Pero ese no fue el enfado que desembocó, por decirlo así, en un toma de conciencia política en relación a la industria cultural. En temporada baja no

había mucho trabajo en hostelería y probé a ser repartidor de la churrería de abajo de mi casa. El horario era de 5 a 10 de la mañana y había que conducir una camioneta Renault atestada de churros por el sur de Madrid cubriendo una ruta de bares y cafeterías. Yo fantaseaba con una vida ordenada en la que madrugar, escuchar audiolibros de crítica cultural, iniciarme de verdad en la música clásica o pensar poemas y textos mientras les llevaba los churros al vecindario antes de asistir a clases y estudiar. Creo que especulaba con la idea del buen obrero. Llegó el día de prueba y me levanté aún borracho a las 4 y media de la mañana en el invierno de Madrid, me bebí un café sin respirar para no vomitarlo, me abrigué ridículamente con mi ropa de siempre y bajé a la churrería. Roberto, el dueño, ni siquiera se dio la vuelta, sólo preguntó al ayudante “¿al final ha venido?” mientras chapoteaba con un palo un mar de aceite perlado de churros. Enseguida una camioneta derrapó en la esquina, se paró en la puerta y me dijeron que Raúl, el que dejaba el puesto, me iba a explicar cómo funcionaba todo. En cuanto subí al auto me dijo “Date prisa, vamos con 3 minutos de retraso. ¿Y esa ropa? Vas a tener que tirarla toda”. Antes de que se saltara los dos primeros semáforos ya estaba sudando aceite, pestañeaba y sentía que las pestañas hacían el mismo ruido que el palo de Roberto chapoteando en el mar de aceite. Cada 3 minutos tenía que bajar corriendo a dar dos o tres bolsas de churros a un bar; en uno alcancé a ver a una chica en bombacha lavándose los dientes en la bacha de la barra, Raúl me dio a entender que el dueño la tenía secuestrada y explotada sexualmente y que no podía decir nada; en otro descubrí a tres familias de chinos (por lo menos) durmiendo en el piso del bar; en otro vi a una madre y a una hija con cara de miedo fingiendo una normalidad imposible, Raúl me contó que era un antiguo puticlub que habían transformado en bar después de que la policía lo cerrara por trata de menores pero la clientela seguía siendo la misma. El sofoco de cada escena de entrega apresurada en la que entreveía cosas más o menos penosas y siniestras estaba intercalado con el sofoco de los churros, en la radio aún se escuchaban los programas de madrugada a los que llama la gente que se siente sola y yo me preguntaba cuál sería el mejor momento para vomitar el café y el aceite que mis poros habían absorbido. Rezaba para que llegaran las 7 y empezaran los locutores que escuchaba mi mamá mientras me secaba en vano el aceite de chorro de la frente con la manga del abrigo empapada de ese elixir obrero que de a poco iba anegando mis sueños. Parecía que entregábamos bombas de relojería pero eran churros y había que entregarlos todos para cobrar al final de la jornada. En cada semáforo abría un poco la ventana para no vomitar y me acordaba de mis especulaciones de buen obrero, en mis audiolibros y en mis jornadas de Wagner y Chopin al amanecer.

De repente Raúl paró en seco frente a un bar, puso el freno de mano y abrió un tupper con fruta cortada medio podrida que introdujo una variación inasumible en el ambiente odorífero de la camioneta. Teníamos 10 minutos de “descanso” antes de que abriera la churrería de enfrente y Raúl los aprovechó para contarme un poco mejor su vida. Me contó que él había estudiado periodismo y que había trabajado en el gremio hasta que hace 5 años lo despidieron, me contó que ahora trabajaba freelance y que lo de los churros era solo de supervivencia, que al salir se iba a un call center y que a la noche se ponía a redactar notas para no sé qué medios o publicaciones, me contó que solía escribir para suplementos culturales, que asistía a eventos para cubrirlos, que era una coincidencia que yo estudiara filosofía porque su tesis había sido sobre el hombre unidireccional de Marcuse, porque era verdad, porque si en los ochentas era verdad ahora era más verdad aún, porque cada vez había una

homogeneización más evidente de la subjetividad porque la televisión y las redes sociales y “¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!” le interrumpí dando golpes en la guantería, “¡basta! ¡voy a vomitar! ¡no quiero ser un buen obrero! ¡Encima de los churros sacas la fruta ahora! ¡No quiero ser un buen obrero! ¿Y qué coño haces tú con la ropa todos los días?! ¡Es un asco!”. Estábamos en un polígono a las afueras, después de vomitar me disculpé, le dije que de Marcuse no me acordaba de nada, que soy muy romántico, que me quedaba con Horkheimer y Benjamin. Le volví a pedir disculpas, le pregunté los medios en los que escribía (inexistentes por lo demás) y le pedí que me dejara en la próxima parada para recargar churros. El dueño, Roberto, tampoco se dio la vuelta cuando le dije que no sabía conducir tan deprisa, que mejor que no, que no hacía falta que me pagara el día. Ese día hice un click y me acordé del cocktail en el MNCARS, de lxs caretas del máster y de mi compañero Angelito queriéndose levantar a Chantal Mouffe. Supongo que en esos dos sucesos hubo enfado, hubo algo de trabajo y hubo algo de toma de conciencia política respecto a la industria cultural, pero no sabría decir qué.

Francisca Amigo Heras

Falta una lista de todo lo que no me puedo comprar y quiero en Mercado Libre

En un edificio sobre la calle Gurruchaga esquina Soler vivía Plateada, exactamente en un quinto piso, 5°A. Peludo y Panchita tomaban el ascensor en planta baja para visitar a Plateada.

El ascensor siempre tenía olor a baba y pelo animal por el gran danés que vivía en el sexto piso.

Peludo abría la puerta corrediza y Panchita pasaba primero, la seguía una mochila de carrito azul y después, al mismo tiempo que cerraba la puerta primera del ascensor, Peludo se metía. Panchita era la encargada de tocar el botón 5.

Cuando bajaban era la misma coreografía pero Panchita en esa ocasión tocaba el botón PB. Una línea es solo una línea y un plano es solo un plano decía Peludo cuando subían en ascensor al quinto piso y hacia repetirlo a Panchita.

Verde que te quiero verde verde cuerpo verde rama el barco sobre la mar y el caballo en la montaña decía Peludo cuando subían al quinto piso y se lo hacía repetir a Panchita.

A la mar fui por naranja cosa que la mar no tiene me dejaron mojadito las olas que van y vienen ay mi dulce amor ay mi dulce amor ese mar que ves tan bello es un traidor hacia repetir Peludo a Panchita cuando se tomaban el ascensor para irse de lo de Plateada.

Fuimos a comprar una cerveza con Almendra, esta vez a un chino distinto. Para llegar no hay que cruzar ninguna calle. Ella vive en Parral y Rivadavia y el chino quedaba sobre la primera paralela a Parral para el lado contrario a Acoyte.

Almendra dejó un embase retornable en los cajones vacíos de cerveza que estaban en la puerta del supermercado. Fuimos hasta la heladera, agarramos una cerveza, un queso que siempre nos mandaba a comprar nuestro jefe en común, uno que viene en triangulitos, un queso untable que simula tener forma de una porción de queso duro miniatura, unas papitas y directo a la caja.

El vidrio de la puerta de la habitación de Plateada está manchado por dedos. Se ven las marcas cuando la luz del velador le pega directo.

Volviendo a la casa de Almendra le conté sobre una obra de Mati Obregón del 2008 que me mostró una vez Peludo a colación de una conversación que no me acuerdo de que iba, pero la mención en ese contexto era importante. La obra es un pedazo de pantalón de jean azul desteñido que vira al amarillo y está poco gastado, cómo sí fuese un jean que la artista

hubiese usado y sin lavar lo cortó decidida porque el destino de ese jean era ser obra y no podía perder tiempo. La tela no tiene más de 40 x 25 cm, está cortada irregularmente con una forma rectangular que la propia forma de entrepierna del jean deforma. Arriba a la derecha hay unos ojajillos que en un momento respondieron a la utilidad del pantalón. El dibujo de una virgen está bordado en rojo en el centro del jean . Un corazón también bordado con el mismo hilo aparece en el centro del cuerpo de la virgen y de él cuelga una tira del mismo hilo rojo, cómo una trenza, y de la punta del hilo que queda colgando, se sujeta una pluma marrón chiquita, no se de qué pájaro. Es hermosa.

Dibujar sin mirar, seguir al ojo, la muñeca copia el movimiento del ojo, el lápiz es extensión de la mano y la mano del ojo. El papel no se va a ningún lado y el ojo para el que quiere, no hay que vigilar el papel, sí el lápiz sale de la hoja ya va a volver y si no vuelve, nadie muere. Me encanta hacer ese ejercicio, es higienizar el cerebro de las pelotudeces del mundo. Lo hice en el taller de Gaviota el otro día , lo hacemos en el de Cristal y lo hacía mucho cuando me aburría en las clases del colegio, lo genial era que los profesores no te retaban porque seguías mirando al frente y no se notaba. Un pliegue en la manga de una remera tiene infinita información.

Hay un colchón en el medio del living de Almendra que me encanta. Es la mejor versión de un sillón.

Vicio y perfección es una revista de un solo número de literatura y escritura sobre arte.

Ediciones Microcentro
Buenos Aires, febrero de 2021